

¿Quién es Dios Padre?

Dios. No hay persona ni cosa superior a Él. Él es el único que tiene toda la autoridad. Él está sobre todas las cosas.

Aunque el nombre «Dios» le pertenece con todo derecho a un único ser, el hombre ha cometido el error de tratar de adorar ideas humanas e imágenes de piedra, madera y arcilla. Sólo un ser es Dios; Él es el único objeto de toda adoración verdadera. Cualquier adoración que se le dé a otro ser llamado del mismo modo, sea imaginario o real, es adoración falsa.

Si quisiéramos explicar en tan sólo unas pocas palabras la honra debida a Dios, no podríamos encontrar expresión más grandiosa, ni más sencilla que la de 1 Timoteo 1.17: «[...] al Rey de los siglos, inmortal, invisible, al único y sabio Dios, sea honor y gloria por los siglos de los siglos. Amén». La verdad acerca de Dios se resume en una declaración que Israel recitaba una y otra vez: «[...] Jehová nuestro Dios, Jehová uno es. Y amarás a Jehová tu Dios de todo tu corazón, y de toda tu alma, y con todas tus fuerzas» (Deuteronomio 6.4–5). Fue debido a Su conocimiento de quién es Dios, que Jesús declaró la resolución que debería estar implantada

en el corazón de toda persona: «Al Señor tu Dios adorarás, y a él sólo servirás» (Mateo 4.10b).

Al Dios verdadero se le describe en las Escrituras como un Dios de naturaleza «triple». Es decir, Él es uno solo; sin embargo también es tres —Dios Padre; Dios Hijo y Dios Espíritu. Las tres personas de la Deidad son iguales entre sí, y las tres tienen el atributo de la eternidad. Cada una posee una personalidad distinta, y refleja inteligencia, emociones y voluntad sobrenaturales; no obstante, las tres son una en esencia, naturaleza, y propósito.

Este concepto de que Dios es uno y, a la vez, tres, es conocido como la Deidad, la Familia Divina, o la Trinidad (Hechos 17.29; Romanos 1.20; Colosenses 2.9).¹ Esta gran verdad escapa a nuestro entendimiento —pero no a nuestra fe, pues la Palabra de Dios la enseña claramente. La aceptamos por fe —no porque la hayamos imaginado, ni porque la razón nos haya dicho que podría ser verdadera, y tampoco porque la hayamos conocido mediante un estudio del mundo que nos rodea. Aceptamos esta verdad y la creemos porque nos ha sido dada mediante los textos inspirados de las Escrituras.

La idea de que Dios es Padre, Hijo y Espíritu Santo no está expresada de modo directo en las Escrituras; sin embargo, es una idea implícita. Los escritos del Antiguo Testamento que insinúan la idea de la Deidad, incluyen el nombre divino en sí, que es la palabra «Elohim», la cual se encuentra en plural. Otros escritos del Antiguo Testamento utilizan pronombres en plural para referirse a Dios —por ejemplo, Génesis 1.26, donde dice:

¹Las tres palabras griegas que pueden traducirse por «Deidad» aparecen solamente una vez cada una en las Escrituras (Hechos 17.29; Romanos 1.20; Colosenses 2.9). Los conceptos «Familia Divina» y «Trinidad» no se encuentran en las Escrituras; los usamos en esta lección tan sólo como explicaciones.

«Hagamos al hombre a nuestra imagen, [...]».²

En el Nuevo Testamento leemos acerca de los tres miembros de la Deidad. En el momento del bautismo de Jesús, el Espíritu Santo descendió sobre Él en forma de paloma, a la vez que la voz del Padre declaraba: «Este es mi Hijo amado, [...]» (Mateo 3.17). Cuando nuestro Señor les prometió a Sus discípulos que les iba a enviar el Espíritu Santo, Él hizo referencia al Espíritu, a Dios y a Sí mismo: «Pero cuando venga el *Consolador*, a quien yo os enviaré del Padre, el Espíritu de verdad, el cual procede del *Padre*, él dará testimonio acerca de *mí*» (Juan 15.26; énfasis nuestro).

La redención del hombre es obra de los tres miembros de la Deidad. Pedro escribió: «[...] elegidos según la presciencia de *Dios Padre* en santificación del *Espíritu*, para obedecer y ser rociados con la sangre de *Jesucristo*: [...]» (1 Pedro 1.2; énfasis nuestro). También se observa la participación de la Deidad en nuestro acercamiento a Dios en oración, pues Pablo dijo que «por medio de [*Jesús*] los unos y los otros tenemos entrada por un mismo *Espíritu al Padre*» (Efesios 2.18; énfasis nuestro).

En la gran comisión que Jesús les dio a sus discípulos antes de partir, Él ordena un bautismo en el nombre de la Trinidad: «Por tanto, id, y haced discípulos a todas las naciones, bautizándolos en el nombre del Padre, y del Hijo, y del Espíritu Santo; enseñándoles que guarden todas las cosas que os he mandado; y he aquí yo estoy con vosotros todos los días, hasta el fin del mundo» (Mateo 28.19–20).

Por toda la Biblia se le refiere a Dios Padre siempre con un pronombre personal del género masculino («Él»). Él es el Padre, el Creador, Jehová, el Todopoderoso, y el Señor y Dios. Siempre es el primero que se menciona

² Otros tres ejemplos se encuentran en Génesis 3.22; 11.7 e Isaías 6.8.

de los tres miembros de la Deidad. La Biblia lo presenta como el que supera a todos en sabiduría, poder, amor, misericordia y justicia. El hecho de haber planeado, diseñado y creado el universo, le otorga la condición de autoridad suprema y gobernante soberano por encima de todos los poderes y autoridades. Él es el Padre de los que le adoran y le obedecen. En Él todas las criaturas, incluidos los seres humanos, viven, se mueven, y son (Hechos 17.28).

Él es el único y verdadero Dios a quien todos los pueblos, naciones y tribus de la tierra deberían adorar. Solamente hay Uno, por medio de quien nos podemos acercar a Dios: Jesucristo. No podemos acercarnos a Él por medio de los ángeles, ni de los santos, ni de ningún otro ser —esté muerto o esté vivo, haya sido bueno o haya sido malo. El único y verdadero mediador entre Dios y los hombres es Su Hijo, Jesús (1 Timoteo 2.5). El único camino que el hombre puede tomar para acercarse al Padre, es Jesús. Jesús dijo: «Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí» (Juan 14.6).

El Señor Jesucristo es el segundo miembro de la Deidad. Fue por medio de Él que Dios Padre creó la tierra y el hombre (Colosenses 1.16). En relación con el hombre, a Jesús se le llama «el Hijo del Hombre»; en relación con Dios, «el Hijo de Dios». Es el único miembro de la Deidad que ha tomado forma humana y ha vivido físicamente sobre la tierra. Es el Salvador y Redentor de la humanidad. A Él deben adorarlo y darle culto todas las personas. Es Él quien ha proporcionado los medios, por los cuales la humanidad entera puede acercarse al Padre para adorarlo.

Por lo cual Dios también le exaltó hasta lo sumo, y le dio un nombre que es sobre todo nombre, para que en el nombre de Jesús se doble toda rodilla de los que están en los cielos, y en la tierra, y debajo de la tierra; y toda

lengua confiese que Jesucristo es el Señor, para gloria de Dios Padre (Filipenses 2.9–11).

El tercer miembro de la Deidad es el Espíritu Santo, cuya naturaleza y composición es igual a la de Dios y a la de Cristo. Al igual que a éstos, se le refiere con pronombres personales del género masculino («Él»). Siempre se le menciona en tercer lugar cada vez que la Biblia habla de Él en relación con los otros dos miembros de la Deidad. El Nuevo Testamento se refiere a Él como el medio, por el cual el hombre recibe dirección e instrucción. Es nuestro Consolador por medio de las Escrituras. Fue el que inspiró la escritura del Antiguo y Nuevo Testamentos; es por esta razón que a las Escrituras se les refiere como «la espada del Espíritu» (Efesios 6.17), el instrumento que Él usa para llevar a cabo su obra. Él mora o habita en los que han llegado a ser hijos de Dios (1 Corintios 6.19–20).

Los tres que se mencionaron anteriormente, existen juntos eternamente y forman la Deidad. Aunque es muy poco lo que sabemos acerca de ellos, podemos tener certeza de que existen y que forman la todogloriosa Trinidad. Están unidos y existen como uno solo. Son eternos, distintos y diferentes de todas las cosas creadas, y tienen una sola voluntad y propósito.

¿Qué conocemos acerca de Dios Padre, además de la naturaleza tripersonal de Dios? Fundamentalmente, la Biblia enseña una gran verdad global acerca de Dios: *Él es el único y verdadero Dios, y debe ser adorado como Dios por toda persona*. Nadie que lea porción alguna de la Biblia, ya sea del Antiguo o del Nuevo Testamento, dejará de notar la fuerza con que esta verdad es enseñada.

Sigamos considerando la interrogante: ¿Quién es Dios Padre?

ES NUESTRO CREADOR

Dios creó todas las cosas. Él hizo todas las cosas y es

dueño de todas las cosas. No hay nada que Él no haya hecho ni que no haya permitido que se haga, y todo lo que existe le pertenece.

La tierra y la humanidad no llegaron a existir por casualidad; fueron creados por la mano misericordiosa de Dios. Esta es la razón por la que no debería preocuparnos que los científicos averigüen la edad de la tierra. El mundo tuvo un origen milagroso; es por esta razón que luce más antiguo de lo que realmente es. Dios creó, hasta cierto punto, una tierra ya envejecida. No fue que intentó engañar al hombre, sino que tuvo que crear una tierra que tuviera lo necesario para el sustento de éste.

A Adán y a Eva, la primera pareja, los hizo ya adultos, no recién nacidos. Si usted y yo hubiéramos estado presentes el día que los creó, podrían habernos parecido una pareja de adultos de unos veinte años de edad; sin embargo acababan de haber recibido la vida. Así también, la tierra fue formada por el milagro de Dios de la creación de modo que, desde el comienzo, ya la vegetación, el agua, el aire y el suelo tenían capacidad para sustentar la vida.

De la anterior verdad, en el sentido de que Dios creó todas las cosas, se desprenden todas las demás verdades acerca de Dios que necesitamos entender. ¿Qué verdades son éstas?

Él es el ser que está detrás de toda realidad.

Todo lo que existe puede ser dividido en dos categorías: lo que es Dios y lo que no es Dios. Dios es la primera y más fundamental realidad. Todo lo demás fue creado por Él o fue autorizada su hechura por Él, y por lo tanto no es Dios.

Él es eterno.

Antes de que naciesen los montes y formases la tierra y el mundo, desde el siglo y hasta el siglo, tú eres Dios (Salmos 90.2).

Pero tú eres el mismo, y tus años no se acabarán
(Salmos 102.27).

Dios no tiene comienzo ni tendrá fin. Él existía antes del tiempo, y creó el tiempo en cierto momento de la eternidad. Es un Ser que existe eternamente, para quien el pasado, el presente y el futuro son como un instante en el tiempo. Vive en un eterno ahora. Ve el pasado y el futuro tan claros como el presente. Siempre ha sido, y siempre será.

Él es todopoderoso.

¡Oh Señor Jehová! he aquí que tú hiciste el cielo y la tierra con tu gran poder, y con tu brazo extendido, ni hay nada que sea difícil para ti (Jeremías 32.17).

He aquí que yo soy Jehová, Dios de toda carne; ¿habrá algo que sea difícil para mí? (Jeremías 32.27).

Puede hacer cualquier cosa consecuente con Su naturaleza. Por supuesto que no puede mirar con agrado la maldad, ni puede ser tentado por el mal, pues, Él es justo (Habacuc 1.13). No puede negarse a sí mismo por razón de Su fidelidad (2 Timoteo 2.13), y no puede mentir (Tito 1.2). Pero cualquier cosa que sea conforme a Su naturaleza, Él la puede hacer. Nada hay difícil para Él.

Él todo lo sabe.

¿Soy yo Dios de cerca solamente, dice Jehová, y no Dios desde muy lejos? ¿Se ocultará alguno, dice Jehová, en escondrijos que yo no lo vea? ¿No lleno yo, dice Jehová, el cielo y la tierra? (Jeremías 23.23–24).

Los ojos de Jehová están en todo lugar, mirando a los malos y a los buenos (Proverbios 15.3).

Él todo lo sabe y lo sabe en el instante que sucede, lo

sabe con exactitud y lo sabe de modo completo. No tiene necesidad de que le enseñen absolutamente nada. No necesita consejero, ni maestro ni información. Sabe todo lo que se puede saber.

Él está en todo lugar.

¿A dónde me iré de tu Espíritu? ¿Y a dónde huiré de tu presencia? Si subiere a los cielos, allí estás tú; y si en el Seol hiciere mi estrado, he aquí, allí tú estás. Si tomare las alas del alba y habitare en el extremo del mar, aun allí me guiará tu mano, y me asirá tu diestra. Si dijere: Ciertamente las tinieblas me encubrirán; aun la noche resplandecerá alrededor de mí. Aun las tinieblas no encubren de ti, y la noche resplandece como el día; lo mismo te son las tinieblas que la luz (Salmos 139.7–12).

[...] ciertamente no está lejos de cada uno de nosotros. Porque en él vivimos, y nos movemos, y somos; [...] (Hechos 17.27–28).

A dondequiera que vayamos, Dios está allí. No podemos escondernos de Él ni ocultar nada a Sus ojos que todo lo ven. Ni la distancia, ni las tinieblas, pueden apartarnos de Su presencia.

Él es el único Dios vivo y verdadero.

Él vive (Mateo 16.16) y es verdadero (1 Tesalonicenses 1.9). Del mismo modo que un hijo se puede parecer a su padre, los seres humanos somos en ciertos aspectos como nuestro Creador. Al igual que el hombre, Dios ve, oye, habla, siente, resuelve y actúa. No obstante, Dios no puede ser visto; Él es Espíritu y puede, por lo tanto, estar presente en todo lugar a un mismo tiempo (Juan 4.24).

¿Quién, pues, es Dios Padre? Es el eterno ser, creador de todo, de naturaleza triple, que todo lo sabe, todo lo puede y que está presente en todo lugar.

En vista de que Dios creó todas las cosas, todo le

pertenece a Él, y Él merece nuestra adoración. Todo lo material es posesión Suya, así como lo son todas las criaturas y todos los pueblos de la tierra. Es justo que lo adoremos y le sirvamos. Si le damos honor y culto a otro dios de cualquier índole, estaremos adorando y sirviendo a una mentira.

ES NUESTRO PROVEEDOR

Además de haber creado el universo, Dios cuida de él. Cuida de que no vaya a desintegrarse, ni a descomponerse, ni a funcionar de modo diferente del propósito para el cual lo creó (Colosenses 1.16–17).

Este es un hecho que se prueba por la razón y por la revelación. La lógica nos dice que Dios creó esta tierra y continúa administrándola. No hay nada en esta tierra que subsista por sí solo. Es obvio que alguna poderosa mano lo sustenta. El hombre no puede cuidar de sí mismo. No puede hacer el aire que respira, ni el agua que bebe, ni el sol que necesita. Depende por completo de que la tierra funcione como debería.

La revelación de la Palabra da testimonio de que Dios sustenta el mundo. Cuando Él creó los cielos y la tierra, puso en vigencia leyes naturales para hacer que Su mundo se mantenga funcionando.

Dijo luego Dios: Haya lumbreras en la expansión de los cielos para separar el día de la noche; y sirvan de señales para las estaciones, para días y años (Génesis 1.14).

Y dijo Dios: He aquí que os he dado toda planta que da semilla, que está sobre toda la tierra, y todo árbol en que hay fruto y que da semilla; os serán para comer. Y a toda bestia de la tierra, y a todas las aves de los cielos, y a todo lo que se arrastra sobre la tierra, en que hay vida, toda planta verde les será para comer. Y fue así (Génesis 1.29–30).

Además de vigilar que las leyes naturales se mantengan vigentes, Él, con su divino cuidado, sustenta el

universo y todas las fuerzas relacionadas con éste.

Tú solo eres Jehová; tú hiciste los cielos, y los cielos de los cielos, con todo su ejército, la tierra y todo lo que está en ella, los mares y todo lo que hay en ellos; y tú vivificas todas estas cosas, y los ejércitos de los cielos te adoran (Nehemías 9.6).

Conserva, especialmente, al hombre y a los animales: «[...] Oh Jehová, al hombre y al animal conservas» (Salmos 36.6). Alimenta a todos los seres vivientes de la tierra: «Él da a la bestia su mantenimiento, y a los hijos de los cuervos que claman» (Salmos 147.9). Vela por las aves del cielo: «Mirad las aves del cielo, que no siembran, ni siegan, ni recogen en graneros; y vuestro Padre celestial las alimenta. ¿No valéis vosotros muchos más que ellas?» (Mateo 6.26); «¿No se venden dos pajarillos por un cuarto? Con todo, ni uno de ellos cae a tierra sin vuestro Padre» (Mateo 10.29). Gobierna las naciones de los pueblos de la tierra: «Él multiplica las naciones, y él las destruye; esparce a las naciones, y las vuelve a reunir» (Job 12.23). Protege y bendice a los justos: «Mas los transgresores serán todos a una destruidos; la posteridad de los impíos será extinguida. Pero la salvación de los justos es de Jehová, y él es su fortaleza en el tiempo de la angustia» (Salmos 37.38–39); «Pues aun vuestros cabellos están todos contados» (Mateo 10.30). Provee vida eterna a los que se le acercan y lo obedecen: «Mis ovejas oyen mi voz, y yo las conozco, y me siguen, y yo les doy vida eterna; y no perecerán jamás, ni nadie las arrebatará de mi mano» (Juan 10.27–28).

La mayoría de las ciudades del mundo tienen alguna clase de sistema de transporte para sus habitantes. Es obvio que a los vehículos que forman parte de tal sistema debe dárseles mantenimiento. Si no se les mantiene en condiciones de funcionar mediante cambios de aceite, reemplazo de partes averiadas y desgastadas, pronto se

verán abandonados a un lado de las calles. Todas las máquinas necesitan que se les cuide. No hay sobre la tierra máquina alguna que no necesite mantenimiento. La tierra es una gigantesca máquina. Necesita que se le cuide y se le provea, y la Biblia dice que es sustentada por el Dios de los cielos (Hebreos 1.3).

¡Cuán agradecidos deberíamos estar con Dios por velar por nosotros y proveernos de lo necesario! Nadie debería poner en tela de duda que la providencia de Dios es para bien del hombre (Hechos 14.17), pues Él hace salir su sol sobre malos y buenos (Mateo 5.45). Todos los que le han servido han comprobado que no retendrá ninguna cosa buena de los que andan fielmente (Salmos 84.11; Romanos 8.28).

ES NUESTRO REDENTOR

Dios es nuestro Redentor, nuestro Salvador. Nos ama y desea salvarnos del pecado. En Él se encuentra la única esperanza para entrar en la eternidad.

Es difícil explicar Su amor por nosotros. Es mayor que cualquier amor humano que conozcamos. Aunque todas las personas han pecado y se han apartado de Él por su propia voluntad, Él procura salvarlas. Nos brindó la salvación por medio de Cristo, lo cual hizo al enviar a Éste a presentar el más excelente sacrificio que puede haberse ofrecido por nuestra salvación.

El hecho de ser absolutamente justo, le impide a Dios pasar por alto el pecado. Por otro lado, no hubiera habido otro modo de recibir nuestro castigo por el pecado que el de sufrir la muerte eterna. Por esta razón, Dios envió a Jesús a sufrir el castigo por nuestro pecado. Todo el que se acerque a Él recibiendo y obedeciendo Su mensaje de salvación, recibirá los beneficios de la muerte de Jesús. Así, según la Biblia lo describe, nuestro Salvador lo es tanto Dios (Tito 1.3), como Jesús (Tito 2.13). Dios planeó nuestra salvación desde antes de la

fundación del mundo (1 Pedro 1.20). Ahora, Él espera que todas las personas oigan Su mensaje, se arrepientan (cambien su forma de pensar y de vivir), y reciban Su salvación (2 Pedro 3.9).

A pesar de lo anterior, muchas personas no perciben así a Dios. Se sienten como el niño que es maltratado por su padre. Imagínese a un niño así, el cual cada vez que comete un error, su padre lo castiga con una paliza. Después de tantos años de mantener tal clase de relación con su padre, ese niño llega a percibir a éste como un severo juez, no como un amoroso padre. Le teme a su padre, pero no lo ama. Ni siquiera disfruta de estar con él. Cada vez que oye la palabra «padre», la asocia con bofetadas o azotes. A este desafortunado niño le va a resultar muy difícil captar en la palabra «padre» el significado que con ella se pretende transmitir.

A algunas personas les evoca un sentimiento parecido la palabra «Dios». Toda su vida les han enseñado a ver en Dios tan sólo un juez que está a la expectativa de que cometan un error para castigarlos arrojándolos al infierno. Jesús nos enseñó a ver a Dios como nuestro Padre. Dijo que debemos dirigirnos a Él como «Padre» cuando oremos (Mateo 6.9). Dijo que el amor de Dios es tan grande que llega al sacrificio (Juan 3.16). Es inimaginable que haya amor más grande que el que tiene Dios para nosotros. Él desea tener comunión con nosotros y está dispuesto a morar dentro de nosotros si le obedecemos (Juan 14.23). Aun si nos apartáramos de Él, nos recibiría nuevamente lleno de perdón amoroso si nos volvemos a Él arrepentidos (Lucas 15.19–32).

Dios ha hecho por cada uno de nosotros mucho más de lo que cualquier ser humano es capaz de hacer. ¿Cómo deberíamos corresponder a Su gran amor? Deberíamos amarle de parte nuestra obedeciendo a Su Palabra y adorándole como el único y verdadero Dios. Debemos llenarnos, en nuestro andar diario, de

reverencia y respeto hacia Su persona.

ES NUESTRO JUEZ

A la vez que es un Padre lleno de amor y de bondad, Dios también es un juez. Es aquel a quien tenemos que dar cuenta al final de los tiempos.

Es lo más lógico pensar que cada uno de nosotros dará cuenta de sí a Quien nos hizo —y lo que la lógica dicta, la Biblia declara como verdadero (Apocalipsis 20.12). ¿Cómo nos irá a juzgar Dios? Su juicio va a ser individual, cada uno dará cuenta de sí a Él (Romanos 14.12). Su juicio va a ser específico, cada uno será responsable de lo que haya dicho y hecho (Mateo 12.36–37; 2 Corintios 5.10). Su juicio va a ser universal, pues, todas las naciones serán reunidas delante de Él (Mateo 25.32).

Dios nos va a juzgar por medio de Jesucristo. En vista de que la justicia será su norma (Hechos 17.30–31), Su juicio será final y eterno (Mateo 25.46). No habrá apelaciones una vez que su fallo se haya pronunciado.

Lo anterior se puede ilustrar mediante la historia que se relata de un joven que perdió el conocimiento cuando dos vehículos chocaron. Un testigo del accidente logró sacar y poner a salvo al muchacho justo antes de que los dos vehículos estallaran en llamas. Fue una situación en la que aquel joven pudo haber perdido la vida.

Después de ser rescatado, el joven abrió sus ojos y miró al rostro del que había salvado su vida. Jamás olvidaría aquel rostro. El joven se recuperó del accidente y pasaron los años. Siendo adulto, se metió en problemas. Violó la ley y fue arrestado por haber cometido un crimen. Cuando lo trajeron delante del juez para ser procesado, se asombró, pues, reconoció en el juez a aquel que lo había salvado años atrás. Sin pensarlo, expresó impulsivamente: «Su señoría, ¿se acuerda usted de mí? Usted fue quien me sacó de un vehículo accidentado hace años, y me salvó la vida». El juez,

pensativo, respondió: «Sí, yo me acuerdo. Cuando lo salvé, lo hice pensando en lo mejor para la persona que salvaba. Me alegré de que pude salvarlo para que usted siguiera viviendo. Sin embargo, hay una realidad que debe usted enfrentar: Hace años, cuando lo saqué de aquel vehículo, yo era en ese momento su “salvador”; pero hoy soy su “juez”».

A Dios se le presenta en la Biblia como nuestro Salvador, igual que como nuestro Juez. Él envió a Su Hijo para librarnos del pecado. Proveyó el sacrificio supremo para salvarnos. ¿Qué va a pasar si no escuchamos, si rechazamos Su salvación? Pues, va a tener que condenarnos, ya que Él es nuestro Juez eterno.

El supremo deber de nuestra vida consiste en que, al entender quién es Dios, nos sometamos a Él obedeciendo a Su voluntad. Debemos darle culto como el Dios vivo y verdadero que Él es. Esto significa que hay que leer Su palabra y estudiarla detenidamente. Él desea ser nuestro amoroso Salvador, no simplemente nuestro Juez eterno.

CONCLUSIÓN

Después de haber conocido las anteriores verdades acerca de Dios es imposible no tener una opinión sobre Él. Debemos tomar una decisión respecto a Él. La única respuesta lógica es reconocerlo como el Dios vivo y verdadero que Él es, y servirle llenos de fe y obediencia.

Con Dios nos puede estar sucediendo lo mismo que a la niña de una clase a la cual la maestra les contó cómo dos químicos, Karl Scheele de Suecia y Joseph Priestley de Inglaterra, descubrieron el oxígeno hacia el año 1775. A esto, la niña de inmediato levantó su mano y preguntó: «¿Qué respirábamos antes de que ellos descubrieran el oxígeno?». La maestra, por supuesto tuvo que explicar que el oxígeno siempre había estado en la atmósfera, y que sencillamente no sabíamos de su existencia, ni teníamos un nombre para él, sino hasta

que estos químicos lo descubrieron.

A nuestro mundo lo componen dos realidades. Una es la realidad que componen todas las cosas que podemos ver con los ojos y tocar con las manos. La otra la componen las verdades que no podemos ver ni tocar. Las cosas que componen la primera realidad son manifiestas para nosotros, pues, continuamente estamos trabajando y manipulando objetos reales. Las verdades de la segunda realidad no son tan claras para nosotros. Estamos menos conscientes de ellas. Sabemos que están allí, pero a veces se mantienen en el fondo de nuestras mentes. Puede que estemos conscientes de que una quinta parte del aire que respiramos está compuesta de oxígeno, y de que no podemos vivir sin respirarlo, pero no pensamos en ello —solamente lo respiramos. Estamos más conscientes de un lápiz —una realidad visible, la cual podemos tomar y usar para escribir— que del aire, una de las realidades invisibles.

Lo que se está tratando de decir es esto: El hecho de que no podamos percibir ciertas realidades no significa que no existen. Su existencia es tan real como la de los objetos que percibimos con nuestros sentidos, aunque no las veamos ni las palpemos.

La realidad más grande que no podemos percibir con nuestros sentidos, es Dios. No podemos tocarlo con nuestras manos físicas, ni introducirlo en un tubo de ensayo para analizarlo; tampoco podemos verlo con nuestros ojos; sin embargo, Él es la realidad suprema. Es el fundamento de toda realidad, sea visible o invisible.

Se cuenta de un misionero que le explicaba a ciertas personas acerca de Dios. Les describía Su gran poder, Su amor y Su sabiduría. En el grupo había un anciano que le escuchaba con un vivo interés. Pasados algunos minutos, el anciano se puso de pie y exclamó: «¡Yo sabía que este Dios existía, sólo que no le conocía Su nombre, sino hasta ahora!».

Dios es nuestro Creador, Proveedor, Redentor y Juez. El que niegue que Dios existe, o no le obedezca ni le sirva, comete el más grave error de su vida. Tal persona rechaza a Su Hacedor, al negar la gran verdad que está detrás de la existencia del hombre y del universo. ¡No cometa usted tal error! Adore a Dios reconociéndolo como el Dios vivo y verdadero; inclínese delante de él lleno de obediencia.

Dios le ama y le invita a acercarse a Su familia. Desea que usted ande en comunión diaria con Él en esta vida. Desea que usted viva con Él por la eternidad, en la ciudad eterna que se conoce como los cielos.

PREGUNTAS DE ESTUDIO

(respuestas en la página 258)

1. El nombre «Dios» le pertenece con todo derecho a un único Ser. ¿Por qué?
2. Mencione los pasajes del Antiguo Testamento que sugieren la idea de la Deidad.
3. ¿Cómo es que el bautismo de Jesús, la obra de la redención del hombre, la oración, y el bautismo de la gran comisión, le dan sustento a la idea de que Dios es uno y a la vez tres (la Deidad)?
4. ¿Cuál es el único camino que el hombre puede tomar para llegar a Dios?
5. ¿Cuáles Escrituras enseñan que uno no puede acercarse a Dios por medio de los ángeles, ni de los santos, ni de ninguna otra persona, esté viva o esté muerta?
6. ¿Cómo puede ser el Señor Jesús «el Hijo del Hombre» y, a la vez, «el Hijo de Dios»?
7. Aunque es muy poco lo que sabemos acerca de los miembros de la Deidad, sí es mucho lo que podemos saber. ¿Cuáles son algunas de las verdades que se enseñan en la Biblia?
8. ¿Qué verdades se desprenden del hecho de que Dios creó todas las cosas?
9. ¿Qué prueba tenemos de que Dios continúa activo en el mundo?
10. ¿Cómo nos juzgará Dios?